

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS VI JORNADAS
(1996)

Marisa Velasco
Aarón Saal
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



CRITICA DE LA RAZON DURA

Obwohl ich hier an der Aufhebung der Wissenschaft arbeitete,
erfüllte mich Behagen und fast die sprichwörtliche Ruhe
des Wissenschaftlichen Arbeiters.

Franz Kafka
(*Forschungen eines Hundes*)

Herodoto, cuyo nombre tendría que aparecer en algún Manual de Etimología Fantástica como síncope de 'heterodoto', paronomasia a su vez de 'heterodoxo', escribió que la costumbre era el más poderoso de los dioses. Ironía, porque iba contra la costumbre; mejor dicho: contra las costumbres aceptadas por ese conjunto de lugares comunes cuya diversidad disimula la denominación singular de 'sentido común': revisaba, comparaba, criticaba: crítica de los lugares comunes y del sentido común, crítica de la costumbre -que al ser criticada se volvía plural, se multiplicaba en costumbres-, crítica, por lo tanto, del más poderoso de los dioses, de la más dura de las razones. (Luego vendrían los lugares comunes de la crítica, la crítica de la crítica, la metacrítica -que no es, de ninguna manera, la meta crítica-, el aparato crítico y el sentido crítico, en fin: la costumbre de la crítica; las costumbres agonizan, luchan una contra otra a ver cuál es más poderosa, y tanto se fortalecen de ese modo, que en este punto resulta más fácil extirpar un órgano más o menos crítico que un hábito igualmente crítico, pero esas son otras historias, variedades o fragmentos o consecuencias o parodias de la historia que practicó, y acaso inventó, Herodoto. Héroe docto.)

El mero hecho de escribir, allí y entonces, era una costumbre crítica o una costumbre que apenas comenzaba a dejar de ser crítica, digo, por lo que cuenta Marcel Detienne -acreeador de la mayoría de mis créditos- o por lo que se puede leer en Platón, crítico despiadado de la costumbre de escribir, escritor él mismo para felicidad de sus lectores, cultor eminente de la parodia y de la sátira, esas maneras de escribir que son las que mejor destruyen la escritura, entiéndase bien, la escritura de los otros. En la Grecia arcaica la palabra consagrada, poderosa, acostumbrada era la palabra proferida a viva voz en lugares consagrados, poderosos, acostumbrados. el rey de verdad y justicia, el poeta de verdad, el oráculo, los cuales no eran lugares comunes, todo lo contrario, eran lugares consagrados, poderosos, acostumbrados, pero afirmar su privilegio era una verdad consuetudinaria, una 'a-létheia', que no había que olvidar y era difundida con el aura indiscutible de un estado de cosas que siempre había sido así y así era asido por tales y cuales. No por todos, entre tantos hubo uno con hache, oriundo de Mileto, Thales, distinto de los demás, que escribió. "todo está lleno de dioses" para decir, según lo lee Ortega y

Gasset, que todos los lugares son igualmente sagrados y las palabras se pueden proferir, aún por escrito, desde cualquier parte con igual derecho. (Thales como precursor de Milan Kundera. “Los agelastas, el no-pensamiento de las ideas preconcebidas, el kitsch, son el enemigo tricéfalo del arte nacido como el eco de la risa de Dios y que supo crear ese fascinante espacio imaginario en el que nadie es poseedor de la verdad y cada cual tiene derecho a ser comprendido.”. El arte, “nacido con la Europa moderna”, al que se refiere Kundera, “imagen de Europa o de nuestro sueño de Europa en lo que tiene de más precioso, respeto por el individuo, respeto por su pensamiento original y por su derecho a una vida privada inviolable”, es la novela; el arte o la técnica que yo intenciono, pese a compartir el sueño o por el hecho de compartirlo, es más amplio, en rigor son artes y técnicas variadas, y abarcan toda la literatura de ficción, la polifonía, la tragedia, la democracia y también algún sentido de la palabra filosofía, y fecho su nacimiento en la luminosa Atenas alrededor del siglo V A.C., aunque sus gestores (o porque sus gestores) no hayan sido atenienses. los nativos no suelen ser buenos críticos de sus costumbres).

El agua del principio había comenzado a fluir, algunos se bañaron en ella una sola vez, otros un poco menos. Cuando todos los lugares fueron igualmente prestigiosos, no vino mal otra vuelta de tuerca y algunos buscaron su prestigio atacando la idea misma de prestigio; Kundera, cuya insoportable levedad lo lleva de postnietzscheano a presocrático -tal vez, como la vida, puede estar en otra parte-, escribe -la costumbre de escribir se ha vuelto poco menos que ubicua, costumbre de costumbres, apenas confusos combates, escaramuzas de retaguardia en campos de pluma o maniobras de vanguardia en pantallas de procesador, sobre cómo escribir: ‘una imagen vale mil palabras’ es una imagen en cinco palabras para promover textos pictográficos, fotográficos, ideográficos, videográficos, y hasta fonográficos, pero no, para no cometer un contrasentido, a-gráficos: incluso la música, suprema aspiración de las artes y máxima inspiración de algunos artistas, adquiere complejidad polifónica superlativa a partir de la partitura: ¿A quien le parece bien no aprender a leer y escribir? ¿No hay por ahí un nuevo Platón?-, y escribe el *kundige* Kundera que “es responsable sólo ante la desprestigiada herencia de Cervantes”, y lo hace, aunque no lo sepa, para que se repita una escena. aquella en que Simónides, inventor de ficciones, en una de esas inventor de la ficción como género literario, no identificaba su *téjne* con algún rasgo de la noble estirpe alética de aedos y rapsodas, sino que lo hacía, mentirosa o metafóricamente, con la deacreditada *téjne* de los pintores. “la poesía es pintura parlante, la pintura es poesía muda”, y coloreaba las palabras de tal modo que más de uno se las creía, suspensión momentánea de la incredulidad, aunque luego le reprochara. “A los lacedomonios no puedes engañarlos”, y él lo reconocía: “Por supuesto que no, son demasiado ignorantes para que yo pueda engañarlos”, transmutación de valores, crítica de las costumbres, como si hubiera escrito: “No quiero que me confundan con esos decidores de verdades, no hablo con el prestigio de un privilegio consagrado, es más, hasta cierto punto no hablo, más bien escribo y mi escritura requiere un lector, una personalidad más compleja que la de un mero oyente de lugares comunes ”

La escritura es un fenómeno proliferante -en cada calle cuatro mil poetas, se quejaba no del todo Lope de Vega, proliferador por sí mismo-, pero prolifera paradójicamente (no estaría mal completar la pedagogía con la paradojía, hasta podría ser un ideal rortiano: se tendería a asegurar la práctica de discursos anómalos y tal vez se atenuaría la paranoia existencialista, el terror kierkegaardiano ante un posible monopolio de la palabra por parte de un discurso normalizado). La escritura prolifera paradójicamente porque multiplica las voces. Esquilo -*quoth* Borges- revolucionario pudoroso y poderoso elevó a dos el número de actores, quien dice 'dos' dice 'tres' y 'así sucesivamente': no es uno solo el que cuenta la historia de todos, sino que cada cual aspira a contar la suya: "Los griegos no tienen rey, ni señor ni caudillo", *escribió* Esquilo en *Los Persas* y puso en boca del coro que esos griegos "no se dicen esclavos ni súbditos de hombre alguno. Honor de Esquilo era para Esquilo haber participado en Maratón, batalla ganada por quienes no tenían rey y que no dio tanta fama al general Miciades como al atleta que llevó la noticia a la ciudad de Atenas, el primer maratonista, cuya agónica carrera venció al Rumor, que era (y es) un dios. Prestigio se expande en prestidigitación, los dedos más rápidos que el ojo, *tromp l'oeil*, los poetas eran como los pintores pero estaban protegidos por el velo del prestigio; la metáfora de Simónides (o de Kundera) estimula un étimo diverso para 'verdad', para 'alétheia': de 'monumento' o 'Memoria mítica, a-létheia, no tocada por el curso del olvido, del Letheo', a 'de-velación' o 'des-ocultamiento' o como quiera llamarse el hecho de quitar el velo que impedía a los ojos ver el movimiento de los dedos, y que puede valer también como desengaño o tal vez como desencanto.

Aprender a hablar, luego de haber aprendido a leer y escribir, llevó que muchos dijeran aquello que no era episteme porque no provenía de los lugares dignos de fe prescritos por la costumbre, y lo decían para participar directa o indirectamente de la polis, no ya como oyentes o corifeos, sino como actores y, no menos, como lectores: retóricos, gramáticos, lógicos, poetas 'mentirosos', en fin, sofistas, maestros sin lugar. Sócrates como Gorgias, culminación de la sofística, imagen especular (o especulativa) de Gorgias, mientras este sostenía, en la danza de la conversación, que todas las posiciones son sostenibles, aquel mostraba que ninguna lo es: para Gorgias 'arsis' era variedad de 'tesis', para Sócrates 'tesis' era variedad de 'arsis'. Simónides, el desprestigiado desprestigiador, daba a entender que las estirpes que se remontaban a Zeus o a algún otro celeste aducían filiaciones tan ficticias como las que él proporcionaba: "La nobleza es una riqueza más antigua", decía. La nueva nobleza, la de los ricos, era educada por Gorgias o por sus bien rentados colegas, cuya epistemología era desacreditada por Sócrates: "Si yo hubiera escuchado el curso de cincuenta dracmas de Pródico -el cual, como asegura aquel, le hace posible al oyente quedar perfectamente bien instruido sobre esto- nada impediría que tú supieras inmediatamente la verdad sobre la rectitud de las denominaciones. Ahora bien, no he escuchado ése, sino el de un dracma; por tanto, no sé dónde puede estar la verdad sobre tal asunto", le hace decir Platón, que era de los de antes, a su personaje favorito. Otros hubo que la emprendieron, juntamente, contra ricos y famosos, contra honorables y poderosos, en cuanto detentadores de verdad y justicia -*anacronistici*

discepoli de Discépolo: “la razón la tiene el de más guita y a la moral la dan por moneditas”, ironizaban-, pero lo hicieron ante todo con el ejemplo, despreciaban hasta la riqueza de lenguaje, *la mot juste* y *der Wille zur Macht*, conformando su ingenio con un ladrido, *Forschungen einer Hunden*, el gesto obsceno y la burla procaz.

Paz a Sócrates y a su crítica de la riqueza como método para alcanzar la verdad en las ciencias, y gracias a Grassi por su lectura del *Ion*, que acaso se pueda extender al *Eutifrón*, donde se muestra la crítica socrática a los ‘inspirados’, pese a ser Sócrates mismo hombre de genio y gozar de socorro demoníaco (aunque meramente negativo), sean poetas, rapsodas o sacerdotes, crítica del sentido común, en todo caso, lateral: crítica de los sentidos por resistirse a ser comunes, por ejemplo, el saber del rapsoda sobre Homero no instituye una técnica, no puede extenderse a otros poetas, recae en particular (es ‘*Kund*’, afirma Grassi, pero no ‘*Wissenschaft*’). ¿Puede el sentido común afirmar que no hay sentido común? Contra esta incipiente paradoja la respuesta de la sofística de Protágoras y de Gorgias es que hay sentido pero el sentido no es común, en tanto que la línea socrático-platónica busca lo común en lo que no es sentido y resuena en ella el inaccesible y batallador Heráclito. “aunque la razón (logos) es común a todos, la mayoría vive como si tuviera un pensamiento (frónesis) propio”. El hombre sin atributos se concebía junto con el concepto por una curiosa serie de ligazones entre este fragmento fluyente y aquel otro según el cual Pólemos, la guerra es generador(a) de todas las cosas, y ambos con la utopía platónica que encontraba en la casta de los guerreros el semillero de los filósofos, entre los cuales uno llegaría a ser rey, y de los tres con el discurso que Musil registra a cuenta del general Stumm von Bordwehr: “Razón es algo que puede tener un civil, y tampoco necesita tenerla necesariamente. Pero aquello con que hay que salir al encuentro de la razón, y que yo, por tanto, puedo exigir de mis generales, es la lógica. El pueblo corriente no tiene lógica alguna, ¡pero tiene que sentirla sobre él!”.

El camino emprendido llevaba, con algún azar ordenador -el caos produciendo cosmos, como quiere la teología-, o desordenador -el cosmos produciendo caos como quiere la termodinámica-, a la metafísica, a lo común más allá de los sentidos, al sentido figurado sin figura. el no sensible (¿el insensible?) sentido. conceptos o universales abstractos llegaron a ser lo común que no es sentido, para abominación de Ockam, de Wittgenstein y, tal vez, de Hegel, en fin, que se llamó con ese nombre de catálogo bibliográfico, ‘metafísica’, una rara costumbre que nadie practicaba, llevando la confusión a tal punto que fue posible una vindicación equívoca del sentido común, una especie de socratismo invertido, por ejemplo la de Robert L. Stevenson o la de George E Moore, digo equívoca, porque vindicaban lo que había de sentido en aquello que no tenía nada de común. El lugar común o el sentido común o el sentido común no era la metafísica ni eran los metafísicos, que podían pasar por estrepitosos críticos del lugar común y del sentido común, pero sólo lo eran del lugar y del sentido en cuanto pluralidades y estrictamente o bien eran apologistas de una comunidad sin lugar ni sentido o bien se limitaban a defender el privilegio de ciertos lugares o de ciertos sentidos para prevalecer *a priori*, esto es. sin agonía, sobre los otros lugares y sentidos. un principio o sujeto o método legitimador de los demás, ocultando, por lo general y con el general, mediante prestigiosos

birlirloques que llamaban legitimidad a algo que Simónides hubiera llamado una ilegitimidad más antigua.

Otra costumbre, *quoth* Borges, eran los poetas